

MISERIAS DEL PRESENTE, RIQUEZA DE LO POSIBLE.

André Gorz. Paidós, Bs. As, 155 págs.

El libro de Gorz analiza las transformaciones del capitalismo en los últimos años. Básicamente plantea que las políticas del estado social establecían más inconvenientes que ventajas para el desarrollo del capitalismo ante la amenaza de la socialización o la estatización que frenaba la extensión de los mercados internos. La dinámica del capital buscaba movilidad y flexibilidad con el objetivo de tener competitividad y restablecer la gobernabilidad. El resultado de esta tendencia es la globalización y la ruptura entre los intereses del capital y los del Estado-nación.

Las economías entran en un proceso de desnacionalización generando al mismo tiempo, por un lado, una burguesía globalizada, neoliberal ideológicamente pro-norteamericana y burguesías e industrias tradicionales, y por el otro, sectores precapitalistas y parte de los sindicatos. Generalmente, la resistencia al capital global está en el orden disperso de bolsones y clases antagónicas, que abarcan los extremos ideológicos de la derecha y la izquierda que proponen como alternativa política diversas formas de nacionalismo o estatismo. En este marco, el autor plantea que la resistencia a la globalización del capital transnacional se debe centrar en otro tipo de globalización basada en una concepción solidaria.

El esquema de la globalización se caracteriza por “la disminución de los salarios reales, el desmantelamiento de las protecciones sociales, la explosión del desempleo, la precariedad de todos los empleos, el deterioro de trabajo”, donde la ganancia capitalista se torna dominante. Sobre la base de este contexto, las tasas de inversión disminuyen, se produce una tendencia creciente de fusiones de las empresas y las inversiones financieras tienen un rol protagónico. El rol actual de los distintos gobiernos nacionales es rivalizar por la seducción de capitales financieros, los cuales tienen un poder sin límites sobre la sociedad. Gorz plantea que la incorporación de nuevos consumidores con casi pleno empleo es un espejismo, ya que la industrialización del tipo fordista entró en crisis, generando un crecimiento de la población desocupada.

La renovación productiva ante la “demanda” más variada generó la necesidad de romper con los esquemas rígidos del fordismo. La respuesta que buscó el capital estuvo centrada en una mayor autonomía obrera con el objetivo de lograr flexibilidad de productividad bajo los ritmos de la demanda. Polivalencia, “participación” para proponer mejoras y trabajo colectivo son los nuevos modelos que requiere el capitalismo para remontar los bajos niveles de producción. En este nuevo marco laboral, el autor se pregunta si los cambios introducidos abren espacios al poder obrero o profundiza su sujeción de los trabajadores al capital, remarcando que una posible respuesta depende de los distintos contextos históricos, políticos y económicos.

El concepto de autonomía obrera es tenido en cuenta para entender la aplicación de ciertos principios por parte del capital. Las empresas le ofrecen a los trabajadores pertenencia e identidad exclusiva basada en la concepción de la “fábrica integrada”, sin antagonismos sociales, que retornan a relaciones previas a la modernidad. La contradicción se plantea como autonomía en el seno de la heteronomía. Esta autonomía debe prolongarse en el plano cultural, moral y político.

La sustitución del paradigma de la red autorganizada descentrada por el de la organización jerárquica a partir de un centro se combina con el proceso de transformación de la naturaleza del salario al “externalizar” las tareas especializadas, precarizando las condiciones laborales. De este modo se invirtieron los valores sobre el trabajo, convirtiéndose en un bien precioso, porque sus características se han transformado.

Sin embargo, las intenciones empresariales no se llevan a cabo porque el trabajo se percibe como una opresión totalitaria y los trabajadores responden con el repliegue y la falta de compromiso subjetivo. El autor rescata la posibilidad de trabajar de manera discontinua, de combinar el trabajo/empleo con actividades diversificadas; esta situación está basada en el retraso de la política respecto a la evolución de las mentalidades. Es entonces, es en la política donde está la clave problemática y su posible solución, proponiendo “una sociedad que desplace la producción del lazo social hacia las relaciones de cooperación, reguladas por la reciprocidad y la mutualidad, no por el mercado y el dinero”.

La pérdida de la centralidad de la esfera económica y la producción de sí en el trabajo/empleo genera una mutación cultural en la cual pasa a un primer plano temático, los movimientos feministas y ecologistas y la preocupación por la calidad y el medio de vida.

Mientras el discurso del capital considera que “el trabajo falta”, Gorz centraliza el problema en “la distribución de riquezas para cuya producción el capital emplea un número cada vez más reducido de trabajadores”, siendo el poder sobre el tiempo lo que está en juego, apostando a “la posibilidad que tiene la autonomía de las personas de desarrollarse independiente de la necesidad que tengan las empresas”.

La búsqueda de caminos de salida está basado en liberar el pensamiento y la imaginación de los lugares comunes ideológicos dominantes, percibir que el propio capitalismo destruye las bases de su existencia y produce las posibilidades de superación y llevar al máximo posible la diferencia entre sociedad y capitalismo, extendiendo “los espacios y los medios que permiten la producción de sociabilidades alternativas, modos de vida, cooperación y actividades sustraídas a los dispositivos de poder del capital y el Estado”.

Sobre esta base, el autor plantea que “la posibilidad de un más allá de la sociedad capitalista está inscrita en la evolución de ésta”, a partir de proponer una serie de políticas que garanticen a todos un ingreso suficiente, combinando la redistribución del trabajo y el dominio individual y colectivo del tiempo, y favoreciendo nuevas formas de cooperación y de intercambio por los cuales los lazos sociales y de cohesión social se crean más allá del salariado.

La propuesta central es que “la cooperación productiva y los intercambios sociales auto-organizados se carguen cada vez más de una dimensión política, por la cual se toma en cuenta la inserción de las actividades locales en su contexto mayor; de manera que los conjuntos microsociales asumen ellos mismos una parte creciente de sus mediaciones con el todo social y se convierten en agentes de las opciones microsociales, que por su parte, están llamadas a volverse complementarias de las actividades microsociales”.

El establecimiento de relaciones de lo local con la universal es la clave de una salida necesariamente política, sintetizada en la consigna “pensar globalmente y actuar localmente”, cuya aspiración es la autonomía y la autodeterminación de las comunidades y las personas.

En síntesis, el autor critica las visiones que plantean las potencialidades democráticas de los cambios producidos en el capitalismo, postulando otro tipo de regulación, centralizada en la distribución, la cooperación y la autonomía de la sociedad saliendo de la sociedad salarial. El rescate de los espacios microsociales en un mundo controlado por el capital y la crítica a la idea dominante que plantea la “falta de trabajo” son aporte interesantes, aunque en el marco del resto del libro parezcan diluirse en un voluntarismo al plantear que las posibilidades de desarrollo de políticas alternativas estén en función de la evolución del capitalismo.

Fernando Pita.